

Stephenson, el ingeniero ferroviario. Es una sencilla casa de dos pisos, de ladrillo y tejas, dividida en cuatro habitaciones. Se la denomina la Casa de la calle Alta, por estar situada en el lugar de la carretera que separa á Newcastle y Hexham, ruta habitual del correo á caballo, cosa que recordaban personas que aún vivían al finalizar el siglo pasado.

La habitación del piso bajo en la parte occidental del edificio, era la morada de la familia Stephenson; y allí nació Jorge, que fué el segundo de sus seis hermanos, el 7 de Junio de 1781. El piso que la familia ocupaba es hoy día lo mismo que antes era, el hogar de un trabajador: lisas las paredes, el piso es de barro y las vigas del techo se hallan al descubierto.

Roberto Stephenson y su mujer, llamada Mabel, eran un matrimonio digno y respetable que trabajaba con esmero y asiduidad. El padre del marido era un escocés que fué á Inglaterra para dedicarse al servicio doméstico. Mabel, su esposa, era la hija segunda de Roberto Carr, tintorero de Ovingham. Los Carr habían sido, durante varias generaciones, los dueños de una casa de aquella población, próxima al cementerio de la iglesia. La losa funeraria que cubre la tumba de la familia existe aún en la parte oriental de la iglesia parroquial, al pie de una ventana; así como puede verse también la de Tomás Bewick, el grabador en madera que ocupa el lado opuesto.

Mabel Stephenson era una mujer de constitución algo delicada y á quien molestaban a menudo « los vapores », según decían sus vecinos.

Pero los que la recordaban teníanla por « hacendosa y lista ». Y la mujer á quien sin discrepancia se califica de este modo en el distrito de Newcastle, puede considerarse como verdaderamente digna de aprecio pues es el mayor elogio que puede hacerse allí de una mujer.

Durante algún tiempo después del casamiento, el matrimonio residió en Walvottle, pueblecito situado entre Wylam y Newcastle, donde el marido estuvo empleado como trabajador en una mina, trasladándose más tarde á Wylam, donde encontró trabajo como fogonero de la antigua bomba de vapor de aquella mina. Jorge era el segundo de los seis hijos, que tuvieron, como queda dicho. En la biblia de la familia, de la que parece tomaron posesión en Noviembre de 1790, se halla anotado el nacimiento de estos niños, escrito indudablemente por una misma mano y en una sola vez.

« Registro de los hijos pertenecientes á Roberto y Mabel Stephenson.

« Jaime, nació el 4 de Marzo de 1779.

« Jorge, el 9 de Junio de 1781.

« Elena, el 16 de Abril de 1784.

« Roberto, el 10 de Marzo de 1788.

« Juan, el 4 de Noviembre de 1789.

« Ana, el 19 de Julio de 1792. »

En los archivos parroquiales no aparecen registrados ninguno de estos nacimientos, habiendo sido infructuosos cuantos esfuerzos ha hecho el autor en varias poblaciones, á fin de averiguar si existía algún dato en tal sentido.

Un viejo minero de Wylam, que conoció personalmente al padre de Jorge Stephenson, lo describe como un hombre enjuto de carnes, pero firme y resuelto; y á su esposa Mabel, como de cuerpo delicado, aunque viva e inteligente. Era una familia honrada que solo vivía de su trabajo. Debe observarse que lo que ganaba el viejo Roberto no pasaba de doce chelines á la semana y como había seis hijos que mantener, el tiempo que residieron en Wylam, lo pasaron, como es de suponer, con suma estrechez. Como el jornal del padre apenas bastaba para el sostenimiento de la casa, era poco lo que quedaba para vestirse y nada para atender á la educación.

El buen hombre era muy popular en dicho pueblo, particularmente entre los niños, á quienes acostumbraba á reunir en torno suyo mientras cuidaba del hogar de la máquina, entreteniéndolos con sus imaginaciones infantiles con cuentos de Simbad el marino y Robinsón Crusoe, además de otros forjados por él; así que Roberto el fogonero llegó á ser la persona más conocida de la localidad. Otro rasgo distintivo de su carácter y por el que se conservó de él grato y duradero recuerdo, fué su afición á las aves y á los animales en general, teniendo varios domesticados que iban á buscarlo al pie del hogar mezclados con sus amigos infantiles.

En el invierno solía tener á su alrededor una multitud de pajarillos domesticados, que llegaban familiarmente saltando hasta sus pies, para recoger las migajas y cortezas que de su frugal comida les reservaba. En su casita rara vez dejaban

de encontrarse uno ó dos tordos domesticados, que volaban sueltos entrando y saliendo á su antojo. En el verano acostumbraba á ir á ver los nidos de los pájaros con sus hijos; un día llevó al pequeño Jorge á que contemplara por primera vez un nido de mirlos; elevándolo en sus brazos aproximó al sorprendido niño, á través de las ramas que de intento habían sido apartadas, á uno lleno de pajarillos. Esto impresionó vivamente al muchacho y lo refería con placer á sus amigos cuando á su vez había llegado á la ancianidad.

Jorge seguía la vida ordinaria de los hijos de los trabajadores: jugaba á la puerta de la casa; iba á coger nidos de pájaros cuando podía y se marchaba por el pueblo errando al azar. Era también uno de los asíduos oyentes, en compañía de los demás niños, de las curiosas historias relatadas por su padre, y en edad temprana heredó del autor de sus días el amor á las aves y á los animales. Cuando la edad se lo permitió, se encargó de llevar la comida á su padre al trabajo y de tener cuidado en casa, de sus hermanos más pequeños. Una de sus primeras obligaciones, fué la de evitar que los otros niños se aproximaran al camino inmediato a la casa, por donde pasaban los carros o vagones arrastrados por caballos. Este tranvía de madera fué el primero del distrito del Norte en que se experimentó la máquina locomotora. Pero en el tiempo de que hablamos, no se había soñado siquiera que dicho mecanismo tuviera una aplicación práctica: sólo se empleaba entonces la tracción animal y una de las primeras cosas con que se familiarizaban los niños, era con la vista de los vagones de

carbón, arrastrados por caballerías sobre los rails de madera.

Ocho años después, agotado ya el carbón en la parte Norte se desmontó la vieja máquina, que según decía un antiguo trabajador, « daba ya compasión mirarla ».

Entonces el antiguo fogonero encontró trabajo en la mina Dewoley Burn, y allí se trasladó con su familia.

Este pueblo, en la actualidad, se compone únicamente de algunas casitas muy bajas de techo, construídas en las márgenes de un pequeño riachuelo atravesado por un puentecillo rústico de madera. En una de las casas de la orilla derecha, vivió algún tiempo Roberto Stephenson con su familia. El pozo donde trabajaba estaba situado detrás de la vivienda.

No obstante sus pocos años Jorge tenía edad capaz para contribuir relativamente al sostenimiento de su familia. Por desgracia en la casa del pobre toda criatura resulta una carga hasta que con sus manitas puede prestar algún servicio. Que el muchado era vivo é inteligente, poseyendo el mismo ingenio que su madre, es cosa que se demuestra fácilmente con el incidente que vamos á referir :

Un día su hermana Elena fué á Newcastle á comprarse un sombrero y Jorge la acompañó. En una tienda del mercado la muchacha halló lo que buscaba, pero al informarse del precio, se encontró con que desgraciadamente sus recursos no bastaban para comprarlo. Como ocurre á todas las jóvenes de su edad, ningún sombrero le gustaba

tanto como el que había elegido, por lo que salió de la tienda muy contrariada. Jorge al observarlo le dijo : « No te apures, Elena, ven conmigo y veremos si puedo ganar bastante dinero para comprar el sombrero que deseas ; espérame aquí hasta que vuelva. »

Y al decir esto, el niño desapareció entre la multitud, que poblaba el mercado, y su hermana se quedó esperando. Así estuvo largo rato, hasta que oscureció y ya casi toda la gente se marchaba, por lo que la joven empezó á alarmarse, temiendo que á su hermano le hubiera pasado alguna desgracia ; cuando al fin lo vió venir á la carrera y casi sin aliento. « ¡ Traigo dinero para el sombrero, Elena ! » exclamó al llegar. ¿ Cómo ha sido eso, Jorge ? preguntó ella. — Teniendo de la brida los caballos de los jinetes, respondió él con alegría. Se compró, pues, el sombrero en el acto, y ambos, volvieron muy contentos á casa.

La primera colocación que desempeñó Jorge, fué de las más humildes. Una viuda llamada Engracia Ainslie, ocupaba una granja inmediata al pueblo ; poseía varias vacas y gozaba del privilegio de que pastaran junto á la línea del tranvía ; sin embargo necesitaba un muchacho que las condujera, para evitar que se atravesaran en la vía ó penetraran en cercado ajeno. Además por la noche tenía la obligación de cerrar la comunicación, después de haber pasado todos los vagones. Jorge pretendió la plaza y vió con placer que le fué concedida, con un jornal de dos peniques (20 céntimos).

El empleo no le daba mucho que hacer, deján-

dole bastante tiempo libre, que empleaba en coger nidos, hacer pitos de caña, tejer paja y construir pequeños molinos en el arroyo que desemboca en la laguna de Dewley. Pero su entretenimiento favorito era el de construir máquinas de barro, en unión de su compañero de infancia Guillermito Thirwall. Todavía se conoce el lugar en que los futuros ingenieros hicieron sus primeros ensayos modelando toscos artefactos.

Para construir sus máquinas, los niños sacaban el barro de la mencionada laguna y los juncos que allí crecían, los empleaban para representar los tubos imaginarios. Hasta llegaron á hacer una devanadera en miniatura, relacionada con su máquina; montando los aparatos en un banco, frente á la casita de Thirwall. Los cubos estaban hechos de tapones huecos, las cuerdas de guitas y con recortes de madera, recogidos en el taller del carpintero, se completaba lo demás.

Con estos elementos los muchachos hacían la demostración de envíar los cubos al pozo y volverlos á recoger, lo que sorprendía extraordinariamente á los mineros. Pero una persona de mala intención de las que nunca faltan en todas partes aprovechó una mañana temprano la oportunidad para romper tan frágil maquinaria, dando así un gran disgusto á los ingenieros infantiles. No estará de más mencionemos de paso, que el compañero de Jorge llegó más tarde á ser un trabajador renombrado, desempeñando dignamente el puesto de maquinista en Shilbottle cerca de Alnwick, durante unos treinta años.

Cuando Stephenson fué algo mayor y estuvo en

disposición de trabajar, se le encargó de conducir los caballos para el arado, á pesar de que su estatura apenas le permitía atravesar el surco. Andando los años solía decir que lo mandaban al trabajo por la mañana á una hora en que los niños de su edad estaban en la cama. También se le empleaba en cavar y hacer otros trabajos en la huerta, por lo que se elevó su salario á cuatro peniques al día. Pero su mayor deseo era el de entrar en la mina donde trabajaba su padre; lo que pronto consiguió reuniéndose allí con su hermano Jaime; se le destinó á la limpieza del carbón, con un jornal de seis peniques, que se elevó después á ocho, al hacerse cargo de cuidar del caballo del torno.

Poco después el joven se trasladó á la mina de Black Callerton dedicado á la misma faena, y como aquella se halla á dos millas á campo atravesada de Dewley Burn, el muchacho tenía que recorrer á pie esa distancia por la mañana, regresando á su casa bien entrada la noche. Uno de los antiguos vecinos de Black Callerton, que lo conoció muy bien, lo describe como « un jovencillo de mediana estatura que iba descalzo de pies y piernas », agregando que « era vivo y alegre y de inteligencia clara; no viendo nada en el mundo que no tratara de imitar ». También se distinguía generalmente por su destreza en los juegos y pasatiempos propios de su edad.

Figuraba entre sus inclinaciones más predilectas el amor á los pájaros y á los animales que había heredado de su padre. Los tordos eran para él objeto de singular estimación. Los cercados entre Dewley y Black Callerton eran lugares donde abun-

daban los nidos, y no había ninguno que no conociera. Cuando los pajarillos estaban ya bastante crecidos los llevaba á su casa, los alimentaba y les enseñaba á volar, sin encerrarlos nunca en jaulas. Uno de sus tordos se domesticó tanto, que después de volar cerca de la casa todo el día y entrar y salir de ella cuando quería, al llegar la noche, iba á posarse en la cabecera de la cama; y lo más singular es que, el ave desaparecía en los meses de primavera y verano, en que se suponía iba á aparearse y criar sus hijos, después de lo cual aparecía de nuevo en la casita, reanudando sus hábitos sociales durante el invierno. Esto ocurrió por espacio de algunos años. Jorge tenía también varios conejos, á los que construyó una pequeña casita á espaldas de la suya y durante mucho tiempo continuó jactándose de poseer una raza de conejos inmejorable.

Después de continuar varios años en la ocupación referida, pasó como ayudante de su padre en el trabajo de fogonero en Dewley. Este nuevo paso en su profesión, vino á colmar su anhelo; lo único que temía es que lo encontraran demasiado joven para desempeñar el cargo. Y tanto era así, que más tarde solía referir que, cuando el amo inspeccionaba la mina se ocultaba hábilmente para evitar que no lo hallara en armonía con el salario que ganaba. Desde que modeló sus máquinas de barro en la laguna, su gran ambición fué la de convertirse en maquinista; y el ser ayudante de fogonero era un primer paso en esa dirección. Grande fué por consiguiente su satisfacción cuando á la edad de catorce años le dieron dicho empleo con un salario de un cheín al día.

¶ Pero cuando el carbón de Dewley Burn se agotó, ordenaron que se suspendiera el trabajo, y el viejo Roberto y su familia se vieron otra vez en la necesidad de cambiar de morada, porque como se dice vulgarmente « hay que adaptarse á las circunstancias. »